

La función de la pulsión de muerte en *Diferencia y Repetición*

JORGE NICOLÁS LUCERO¹

“La muerte es, no desde el punto de vista gnoseológico, sino al pie de la letra, el a priori del pensamiento; es decir que el pensamiento está, para la muerte, siempre adelantado; en cierto momento en que nos emprendíamos a pensarlo, el a priori mortal ya está allí, opaco, impenetrable y envolvente; aunque el pensamiento retome su impulso para intentar hacer de la muerte su objeto, él no consigue rodearla, y se desliza, impotente, sobre este monstruoso a priori.” (Jankélévitch, 1977: 41)

El psicoanálisis hace un avance crucial cuando descubre en la repetición el camino para vencer las resistencias de la represión. En lugar de volvernos hacia el pasado, como en la hipnosis, la acción lo convoca, y esta convocatoria no presenta la artificialidad del dispositivo hipnótico; por el contrario, expondría un “fragmento de vida real” (Freud, 1979a: 153-154). Así, se pasa de la represión como condición del olvido, a la represión como condición de una repetición.

Empero, ¿este avance hace justicia con la repetición? Ésta es una de las preguntas que guía la elaboración de *Diferencia y Repetición*. Lo que hay que buscar en el acto de repetición no es una razón de la serie que refiera el acto a un suceso pasado inconciliable con la vida empírica, sino el diferencial que aparece en la forma del disfraz y el fantasma; es decir, ir en busca de una explicación positiva de la repetición. Deleuze comprende que la represión no es sino una modalidad del bloqueo que impone

¹ Licenciado en Filosofía por la UBA, Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía por la UBA, Doctorando en Filosofía por la UBA. Becario de doctorado en UBA. Profesor Auxiliar de “Lógica” en la Universidad Nacional de Quilmes, Profesor interino de “Filosofía” y “Filosofía del trabajo” en el Instituto Superior de Formación Técnica Nro. 8 (CABA). Investigador participante del proyecto UBACyT proyecto “Movimiento, espacialidad y vida en la encrucijada de la fenomenología del cuerpo y las filosofías contemporáneas” (dir. Dr. Esteban A. García) en el Instituto de Filosofía “Alejandro Korn”, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

la representación sobre la repetición, donde se sustenta la necesidad de la primacía de lo idéntico para explicarla como repetición de algo. Para el filósofo, en cambio, no es el algo de la representación lo que funda la repetición, sino al revés.

Esta posición no lleva a Deleuze a proponer un anti-psicoanálisis (al menos, no en *Diferencia y repetición*). Más bien, es a través del propio Freud que saldremos de Freud; más específicamente, a través de los márgenes de *Más allá del principio de placer*. De acuerdo con Deleuze, el descubrimiento de la pulsión de muerte² mediante el estudio de la compulsión de repetición en la transferencia está en los umbrales de esta repetición cohesionada con la diferencia en sí misma: la repetición es a la vez el esfuerzo y la fuente por alcanzar un estadio anterior del aparato psíquico que debió resignarse, pero esta regresión se hace bajo un influjo desfigurado, disfrazado, porque este fragmento de vida real pasado, en sentido estricto, es de un pasado que jamás fue vivido como presente –i.e., que jamás entró en el sistema consciente, jamás su representación fue investida–. Como la regresión de la pulsión de muerte vira hacia un pasado puro –cuya aspiración es, siguiendo la especulación freudiana, la vuelta a la materia inanimada–, no debemos establecer una relación de fundamentación de la represión para con la repetición, sino indagar en el vínculo entre la repetición y el disfraz. Este vínculo es el que torna posible la represión misma.

De allí que Deleuze hable de la pulsión de muerte como el principio trascendental (Deleuze, 1968: 43). El trascendental deleuzeano no refiere a las condiciones de la experiencia posible –aquéllas por las cuales la experiencia se subsume a la representación–, sino a las condiciones genéticas de la experiencia real que la representación no puede asir. El fantasma y el disfraz operan como los resultados genéticos de la repetición: lejos de implicar la referencia a retoños psíquicos, a un original inaceptado en la conciencia, o a una oposición de fuerzas entre el yo y el Ello, el fantasma haciéndose no tiene un condicionamiento, pues la condensación, el desplazamiento y la dramatización no son sino “sus partes integrantes y constituyentes” (Deleuze, 1968: 43). El freudismo alcanza asintóticamente esta repetición. Primero, porque el fantasma y la realidad psíquica se imbrican hasta la unidad, conforman el modo de ser del inconsciente. Asimismo, la pulsión de muerte designa en la compulsión

de repetición una tendencia paralela a la mecánica del principio de placer, una satisfacción en el displacer mismo y que es “insusceptible” de ligadura (Freud, 1979b: 36). No es la repetición constante que a menudo se reclama en el juego infantil, ese “reencuentro con la identidad” (Freud, 1979b: 35) que produce satisfacción e invoca el proceso secundario en el mayor de los sentidos. En la repetición no se expresa la identidad, sino la disgregación; no se pregona la progresión, sino la regresión reticente a la investidura.

De cualquier modo, este salto cualitativo –el cual, según Deleuze, podría haber encaminado a Freud a mostrar el inconsciente como un verdadero teatro de la repetición– incurre en supuestos que todavía subsumen la repetición bajo el reino de lo idéntico. El primero y más importante es el de haber establecido una lectura de la pulsión de muerte en los términos de la pulsión de vida. Freud señala la independencia de Tánatos, pero permanece a mitad de camino de una trascendentalización de la relación entre Tánatos y Eros, la cual elucubraría “la determinación de las condiciones bajo las cuales el placer se convierte efectivamente en principio” (Deleuze, 1968: 154-155). Desde el inicio de *Más allá del principio de placer*, Freud no deja de señalar que la fuente independiente de desprendimiento de displacer ha de estar “sujeta a ley” (Freud, 1979b: 10). Esto llevaría a imponer en Tánatos un régimen de condicionamiento, en lugar de avistar su carácter genético. En otras palabras, sea en los términos del principio de placer, o sea más allá del mismo, los procesos del inconsciente consistirían en una disolución de la diferencia. De hecho, Freud no vacila en sostener el imperio del principio de placer, y entiende que los análisis posteriores deben abogar por articular este imperio con los procesos trasgresores (Freud, 1979b: 60 ss.). Se describe, en fin, a Tánatos desde Eros y no en sí mismo: pensar la pulsión de muerte de modo regrediente, como quien desarma o desmezcla lo que Eros arma, es el afloramiento del modelo de reconocimiento implicado en la imagen dogmática del pensamiento –esto es, el mecanismo del juicio gracias al cual nos alejamos de la concepción univocista del ser hacia una concepción analógica que edifica lo real a partir de un sentido principal del ser–. En este punto es donde Freud cae en el pecado capital denunciado en toda la filosofía deleuzeana: calcar lo trascendental a partir de lo empírico. Por supuesto, esto

² En *Diferencia y repetición* aparece el término “instinto” en lugar de “pulsión” como traducción de *Trieb*. Para evitar malentendidos con respecto a la noción biológica de instinto (que el propio Freud

no niega el carácter regrediente que aparece en la compulsión de repetición; más precisamente, indica que ese movimiento no es el movimiento fundamental de Tánatos.

En segundo lugar, este esquema sigue sosteniendo la fundamentación de la repetición por la represión, algo que, según Deleuze, no conformaba a Freud. Aun estableciendo el carácter arrepresentativo de Tánatos, esta falta de representatividad no indicaría un influjo genético. El fenómeno de repetición se enfatiza en la aproximación a la cura durante la transferencia, y en esta cercanía es donde la resistencia aparece con más fortaleza, pues, el yo “quiere aferrarse al principio de placer” (Freud, 1979b: 22-23). En contraste, la razón positiva de repetición requiere colocar la represión como consecuencia del movimiento, no como punto de apoyo: “la transferencia tiene como función no tanto identificar acontecimientos, personas y pasiones, como *autentificar* roles, [...] no es una experiencia sino un principio que funda la experiencia analítica por entero” (Deleuze, 1968: 47). Si la repetición en transferencia es el camino de la cura, se debe no a un levantamiento de las resistencias del yo, sino a la génesis del fantasma en el proceso de repetición donde se cristaliza el yo y se actualizan sus procesos vivibles e invivibles. No hay repetición porque hay represión, así como tampoco se repite porque no se recuerda. Se reprime y se olvida gracias a la repetición.

Así, se debería demostrar que la repetición expresa lo que Freud postuló como represión primordial, esa denegación en la conciencia “a la agencia representante psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión” (Freud, 1979c: 143), que produce una fijación subsistente por la contrainvestidura (Freud, 1979d: 178). Empero, si en la postulación de una pulsión sin inscripción en el sistema consciente aún se invoca la necesidad de una agencia representante de la misma, se debe a que la represión primordial no atañe a la forma por la que las pulsiones son vividas allende de cualquier representación, sino a la forma de la falta. Esto significa que la represión primordial concibe la diferencia sólo a partir de la negación, sólo a partir de su veta empírica. Para utilizar una división hecha por Kant, mientras que la represión propiamente dicha propone como negación un concepto sin intuición consciente (*ens rationis*), la represión primordial tiene como consecuente un *nihil privativum*, “un concepto de la falta de un objeto, como la sombra, o el frío” (Kant, 1787: 377). En otras palabras, se continúa la suposición de un original, sea este aprehensible o no.

escinde de *Trieb*), utilizaré el término “pulsión” en todos los casos.

Hay que destacar que estas suposiciones se encarnan en el problema de la temporalidad inherente al inconsciente. Freud nunca ha dejado de caracterizar al inconsciente como independiente respecto del flujo temporal. Ahora bien, esta independencia es certera respecto del plano empírico articulado por el principio de placer; pero no es el único modo de la temporalidad que puede presentarse en la tónica del aparato psíquico. La repetición como donadora de fragmentos de vida real opera de acuerdo a una síntesis del tiempo, la del presente viviente, en cuya contracción se va del pasado al futuro. Mediante esta síntesis, el placer es descrito (no generado) como principio, pues contrae en sí mismo los casos de distensión y contracción (Deleuze, 1968: 125). Es a partir del presente que la pretendida mismidad y materialidad de la repetición se anuncia como hábito –la contradicción de los instantes sucesivos–. Pensar la pulsión de muerte como retorno a lo inanimado no hace más que afirmar esta repetición. Concibiendo la temporalidad sólo bajo esta síntesis lleva a Freud a pensar un modelo de la muerte meramente material, científico y objetivo (Deleuze, 1968: 176), incluso si la realidad a la que acude está tematizada por la fantasía.

La advertencia deleuzeana de otras dos síntesis del tiempo permiten no sólo otorgar al inconsciente una temporalidad que le era extrañamente negada, sino también escapar de este modelo material de la muerte. Una segunda síntesis del tiempo hace del placer un principio (ya no sólo lo describe), aquélla dada entre la pulsión de vida y la memoria (Mnemósine). Esta síntesis aúna la repetición con el disfraz. La memoria ya no contrae al presente como sucesión de instantes, sino que lo contrae en una coexistencia perpetua con el pasado. La repetición no es, entonces, material (elementos sucesivos hasta un presente mítico de la represión primordial),³ sino espiritual (repetición del todo en niveles coexistentes). Este todo no es el de un pasado material, es decir, el pasado de un presente –lo que asimilaría esta síntesis temporal a la representación–, sino un pasado que jamás fue vivido como presente y que hace *pasar* a todo presente: “el presente existe, pero sólo el pasado insiste y proporciona el elemento en el cual el presente pasa y los presentes se interpenetran” (Deleuze, 1968: 140). Aquí es donde la pulsión de vida cobra fuerza genética para hacer del placer un principio, trayendo un pasado puro a través de objetos virtuales, es decir, objetos en el modo del pasado inasimilables al presente,

porque se definen por el desplazamiento⁴. En este sentido, la repetición profunda no es repetición *de* algo, sino que es algo que no cesa de moverse entre diferenciales: un trauma no es una conjunción sucesiva de dos presentes sucesivos, sino que sus dos tiempos son series coexistentes con el objeto virtual.

Aunque esto despega a la repetición del esquema material, no lo hace aún con la pulsión de muerte. Para ello, es necesario advertir el momento donde el yo narcisista deviene el objeto virtual mismo; es decir, el momento donde la identificación a través de las máscaras le permite domeñar la libido y declararse el único objeto de amor (narcisismo secundario). Allí, la memoria y la pulsión de vida quedan expulsadas, la coexistencia de los presentes traumáticos con respecto al pasado puro se extingue; o más bien, queda neutralizada. Lo inmemorial, que sólo podía ser resuelto bajo la figura del disfraz, se ha vaciado y ha ingresado en la fórmula de Hamlet según la cual “el tiempo está fuera de sus goznes”. La salida de los goznes no implica una presentación del pasado puro, ni una plenificación del futuro, sino el des-cubrimiento de la forma vacía del tiempo, “cuyo orden formal, estático y riguroso, su conjunto aplastante, su serie irreversible, es exactamente la pulsión de muerte” (1968: 175). Esta síntesis señala una modificación notable con el freudismo. La pulsión de muerte no es ni la inversión ni la oposición de Eros; tampoco su prevalencia indica un movimiento de desmezcla. Más bien, en el proceso de desexualización de la libido, que no es sino la energía del desplazamiento (Freud, 1979e, 46), no hay una vuelta a la materia o lo inorgánico. Por el contrario, inaugura una liberación del tiempo respecto del movimiento libidinal, reniega de la materia en toda su extensión, abjura todo contenido empírico para marcar una cesura, una reiniciación de la génesis *en tanto* génesis. La pulsión de muerte, entonces, marca la superación del criticismo kantiano: en lugar de comprender que la forma pura de la sucesión, la permanencia y la simultaneidad es meramente receptiva y no sintética, se encuentra con la muerte el modelo de una síntesis pura que es estático en cuanto es el movimiento quien se subroga a esta forma del tiempo, y no a la inversa.

³“Los procesos primarios son los más tempranos en el tiempo; al comienzo de la vida anímica no hay otros, y podemos inferir que si el principio de placer no actuase ya en ellos, nunca habría podido instaurarse para los posteriores” (Freud, 1979b: 61).

⁴ Aquí Deleuze trae como el gran ejemplo de objeto virtual al falo simbólico de Lacan: “El falo simbólico no significa menos el modo erótico del pasado puro que lo inmemorial de la sexualidad. El símbolo es el fragmento siempre desplazado, que vale por un pasado que no fue nunca presente: *el objeto = x*” (Deleuze, 1968: 163).

De ello surgió la necesidad del epígrafe de Jankélévitch. Él, al igual que Deleuze, rechaza profundamente el reduccionismo biológico en torno al fenómeno de la muerte. Como a priori del pensamiento, la muerte inmaterial propone superar el continuismo del tiempo empírico, pues no implica ningún devenir, en el sentido de una alteración continuada, sino que suprime la posibilidad misma de esta alteración (Jankélévitch, 1977: 243). Esta alteración, sin embargo, no es la de la diferencia pura, sino la de lo mismo. La pulsión de muerte es ese “monstruoso a priori” desde la mirada de la representación, porque el momento de lo mortal muestra, con creces, el fin de su primado. Creemos, en fin, que la muerte no se dice a partir de lo negativo, sino a partir de lo que Deleuze llamó una sola vez la nada blanca, aquella “superficie de calma recuperada en la que flotan determinaciones no ligadas, como miembros dispersos, cabeza sin cuello, brazo sin hombro, ojos sin frente” (Deleuze, 1968: 61).

Referencias

- Deleuze, G. (1968) *Diferencia y Repetición*, Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- Freud, S. (1979e) “El yo y el ello”, en *Obras Completas: Sigmund Freud*, t. XX, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 1-60.
- Freud, S. (1979c) “La represión”, en *Obras Completas: Sigmund Freud*, t. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 135-152.
- Freud, S. (1979d) “Lo inconsciente”, en *Obras Completas: Sigmund Freud*, t. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 153-202.
- Freud, S. (1979b) “Más allá del principio de placer”, en *Obras Completas: Sigmund Freud*, t. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 1-62.
- Freud, S. (1979a) “Recordar, repetir, relaborar”, en *Obras Completas: Sigmund Freud*, t. XII, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 149-157.
- Jankélévitch, V. (1977) *La mort*, Paris: Flammarion.
- Kant, I. (1787) *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires: Colihue, 2006.